



CONOCIMIENTO,
AMOR
Y
SEGUIMIENTO DE JESUS
LINEAS FUNDAMENTALES
DE LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Javier Osuna

Es indudable que son los Ejercicios Espirituales la fuente y alma de la espiritualidad ignaciana. Dentro de los Ejercicios, la petición que San Ignacio hace "demandar" a lo largo de toda la Segunda Semana recoge los rasgos más fundamentales de esta espiritualidad. El P. Osuna profundiza esa perspectiva en esta reflexión que condensamos de REFLEXIONES CIRE, I-1981.

Intentaré presentar una reflexión sobre la espiritualidad ignaciana desde una perspectiva muy concreta: la PETICION que San Ignacio coloca en la segunda semana de los Ejercicios, al comenzar las contemplaciones de la vida de Jesús:

"(101) El primer día y primera contemplación es de la encarnación, y contiene en sí la oración preparatoria, 3 preámbulos y 3 puntos y un coloquio.

(104) 3°. Preámbulo. El 3°. , demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga!"

Pienso que desde esta perspectiva podemos contemplar, en una visión muy abarcante y completa, lo que constituye el nervio mismo de la espiritualidad ignaciana, su raíz más honda y su más profunda inspiración.

Es una tarea realmente pretenciosa, un desafío, querer extraer lo más característico de la rica espiritualidad de San Ignacio de un preámbulo de oración dentro del vasto iti-

nerario de los Ejercicios. Pero, como iremos comprobando, esta petición de la segunda semana, que Ignacio convierte en el deseo, la súplica y el esfuerzo primordiales del ejercitante a lo largo de todo el proceso de los ejercicios, encierra el meollo de la vida misma de Ignacio, de sus primeros compañeros y de sus seguidores a lo largo de la historia.

1. DEMANDAR LO QUE QUIERO

Ignacio orienta a la persona que se dispone a hacer la experiencia de las semanas de ejercicios a *pedir tres gracias*: CONOCIMIENTO, AMOR, SEGUIMIENTO, del Señor Jesús.

Se trata de una petición que debe ser intensamente deseada y reiterada a lo largo de toda la experiencia (Cfr. Ejercicios, 105, 109, 130).

Tal petición requiere una motivación muy profunda, un auténtico deseo que la persona debe suscitar y alimentar desde el amanecer de cada jornada. Se trata, además, como veremos más adelante, de un deseo inagotable, porque supone siempre un más: más conocer, más amar, más seguir.

Surge aquí, pues, una primera nota de la espiritualidad ignaciana: *un deseo permanente e insaciable* de conocer cada día más a Jesús, de amarlo, de seguirlo, impulsado por el MAS, que traza a la vida un horizonte sin límites, y que nos arranca de toda mediocridad, de toda instalación satisfecha en lo adquirido.

Aparece también muy claro que este deseo se convierte en *una súplica*. La conciencia de que el conocimiento, el amor y el seguimiento de Jesús desbordan nuestras limitadas posibilidades y que son un don gratuito del Padre, es una nota muy clara de la espiritualidad de San Ignacio, tomada de la fuente misma del Evangelio: "Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado" (Jn.6:44); "Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque ningún hombre te ha dado a conocer esto, sino mi Padre que está en el cielo" (Mt.,16:17), son afirmaciones claras de Jesús.

Ningún paso puede darse en el camino de Jesús, sino como respuesta a una iniciativa, a un llamamiento del Padre. Las más grandes generosidades del hombre son siempre some-

tidas a la espera de esta gracia, que les confiere su auten-
ticidad y su posibilidad de eficacia.

De allí que para la espiritualidad ignaciana, la súpli-
ca insistente de las grandes gracias, sobre todo en los mo-
mentos claves de elección y opoción, sea una tarea priorita-
ria. Muestra clara que ello es el Diario Espiritual, durante
el tiempo en que Ignacio se ocupa de la redacción de
las Constituciones de la Compañía y muy concretamente de la
forma de pobreza propia de las casas profesas de la nueva
Orden. El Diario da testimonio constante de esta busqueda,
especialmente durante la celebración de la eucaristía, que
se convierte para el Santo en el centro de su discernimien-
to y de la obtención de las gracias que espera.

2. LA TRINIDAD Y EL MUNDO

Antes de entrar en el tema central de este estudio, la
reflexión sobre la petición de la segunda semana, conviene
decir unas palabras sobre la experiencia básica y fontal de
San Ignacio, en la cual encuadra teológicamente la petición
de conocer, amar y seguir a Jesús: su experiencia trinita-
ria.

La mística ignaciana es, en primer lugar, trinitaria.
Esta es la gran experiencia espiritual de Manresa (Cf. Auto-
biografía, 28ss.) y su práctica constante en Roma (Diario
Espiritual, especialmente nn.39-67).

San Ignacio tiene la experiencia de un Dios que no está
fuera y aparte del mundo, sino íntimamente presente y ac-
tuante en él. Un Dios que ha entrado en la historia dolorosa
del mundo para intervenir en ella, salvándolo; un Dios
que hace camino con el hombre para liberarlo. La contempla-
ción de la encarnación, en la que sitúa la petición del cono-
cimiento, amor y seguimiento de Jesús, presenta la Trinidad
inclinada sobre un mundo históricamente convulso, al que mi-
ra con amor misericordioso y salvador. La espiritualidad
que de allí brota, parte de la conciencia, no de un hombre
que sale a buscar a Dios fuera del mundo, sino de un Dios
que viene al encuentro del hombre en su situación histórica
de pecado y de dolor. Es allí donde el hombre se encuentra
con Dios y lo acoge.

Por eso el esfuerzo del hombre es la búsqueda continua de Dios, en todas las cosas, como presencia plenificante del amor-misericordia. San Ignacio no toma primordialmente el camino de la oración retirada, sino el inverso: buscar y hallar a Dios en todas las cosas de este mundo, unirse a El en la acción de cada día, para poder hallarlo más fácil, segura y auténticamente, luego, en el retiro de la oración.

Fluye de aquí una espiritualidad de encarnación, que no repudia al mundo, ni le teme, ni huye de él; pero bien consciente de que es un mundo en donde impera el misterio de la iniquidad, organizado a espaldas del Evangelio, al cual Dios sin embargo ama y libera, Ignacio también ama a ese mundo y se hace presente en él, armado con la fuerza del Espíritu.

La misión de Jesús, en todo el itinerario de los Ejercicios, es *presentada como una lucha* contra el espíritu del mal, contra el "enemigo de natura humana". La meditación del Reino y la de las Banderas, que son clave de esta espiritualidad, ofrecen la figura de un Jesús que ha venido a desalojar al príncipe de este mundo para construir el cielo nuevo y la tierra nueva en donde habita la justicia. Esta misión, Jesús la realiza como "siervo sufriente", en conflicto permanente con las fuerzas del mal instaladas en el mundo, conflicto que lo lleva a la humillación, al sufrimiento y a la muerte, pero que culmina con el triunfo final de la resurrección. Jesús, solidario del destino de los hombres, sus hermanos, desde el primer momento de su encarnación, da la muestra suprema de esa solidaridad (en la que revela plenamente al Padre como amor-misericordia), entregándose a la muerte. Y de este abismo de destrucción y de muerte, el Padre hace brotar la resurrección y la vida y constituye a su Hijo como Señor de la historia y causa de salvación para todos.

Los seguidores de Jesús deberán *alcanzar "sabiduría"* es decir, "conocimiento del mundo" (Ejercicios, 63), "conocimientos de los engaños del mal caudillo", príncipe de este mundo, y "conocimiento de la vida verdadera (el evangelio) que muestra el summo y verdadero capitán (Jesús)" (Ejercicios, 139). Esta sabiduría, que es gracia, se busca a través del *discernimiento espiritual*, arma indispensable para

poder moverse por el mundo y actuar comprometidamente en él, como colaboradores del Evangelio, sin quedar atrapados por sus "redes y cadenas", sin ser seducidos ni engañados por sus fuerzas ocultas, sus motivaciones, esquemas y criterios, sino guiados por el Espíritu, como auténticos compañeros de Jesús: "No os acomodéis al mundo presente, antes bien, transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis *distinguir* cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto". (Rom., 12:2).

El discernimiento espiritual, entendido cabalmente a esta luz, no podrá, pues, limitarse a un examen individual de las mociones interiores del Espíritu en el corazón de las personas. Así se ha hecho por desgracia a menudo, en una mutilación que puede conducir fácilmente a engaños e ilusiones, de los que por otra parte previene tan sensatamente el mismo Ignacio. Una verdadera discreción de espíritus tiene que hacerse principalmente en el campo mismo del mundo, de sus estructuras sociales, económicas, políticas, culturales, religiosas y de su acontecer histórico; es allí donde se descubre el trabajo, apenas perceptible a veces, de los poderes del mal incrustado y actuante a través de esas estructuras y de esa historia, crucificando, hoy como ayer, a los hombres y desfigurando su rostro humano, en una continuación histórica del siervo sufriente de Yahveh. (Cfr. "Discernir el signo de los tiempos". Ignacio Ellacuría, DIAKONIA, n.º 17). Allí es donde podrá encontrarse entonces, al Dios de la historia, que actúa la salvación y que nos habla y nos indica cómo debemos responderle y colaborar con él en cada situación concreta. Eso será "conocer internamente" el mundo y "discernir" en él la presencia liberadora de Jesús a través de su Espíritu.

3. CONOCIMIENTO INTERNO DEL SEÑOR JESUS

La primera gracia que el ejercitante solicita es el CONOCIMIENTO INTERNO DE JESUS, hecho hombre por nosotros. (Cfr. Fil., c.3).

San Ignacio habla frecuentemente de un conocimiento interior, a propósito del pecado, del mundo, de los engaños del príncipe de este mundo, de la vida verdadera que nos ofrece Jesús, de los bienes recibidos de Dios. Y siempre presenta este conocimiento como una gracia que hay que soli-

citar.

No se habla de un conocimiento intelectual, ni siquiera sicológico; es, ante todo, una relación existencial, una experiencia de vida, un encuentro con la persona de Jesús, que desde nuestra propia profundidad va a la profundidad del Señor y viceversa. La Sagrada Escritura habla a menudo de este conocimiento: conocer una cosa es tener experiencia directa de ella, más allá del saber humano: así se conoce el sufrimiento, el pecado, el bien y el mal, la guerra y la paz. Conocer a alguien será entrar en relaciones personales con él, adquirir un compromiso real con profundas consecuencias (Cfr. Vocabulario de Teología Bíblica, X, León-Dufour: CONOCER).

Mediante este "conocimiento" la persona y la vida de Jesús penetran en lo más profundo de nuestro ser: en nuestras conciencias, corazones, criterios, gustos, manera de vivir; y nosotros penetramos en lo más íntimo de su persona: su visión del mundo, sus criterios, sus valores y sus opciones y, de una manera peculiar, su relación con el Padre.

No es un conocimiento estático, afectivo, de tipo contemplativo. Es dinámico y transformante: nos lleva a la identificación con Jesús, a reproducir su imagen, a fin de que El sea el primogénito entre muchos hermanos (Rom.8:29); y, por lo tanto, nos compromete a la tarea de transformar la convivencia humana para construir la nueva humanidad, según Cristo Jesús.

De este conocimiento transformante está empapado el pensamiento de San Pablo en algunos párrafos de la segunda carta a los Corintios, que bien valdría la pena reflexionar, pero que no podemos hacerlo en el marco de este estudio: "El mismo Dios que mandó que la luz brotara de la oscuridad, es el que ha hecho brotar su luz en nuestro corazón, para que por medio de ella podamos conocer la gloria de Dios que brilla en el rostro de Jesús" (2Cor.,4:6); "Por eso, todos nosotros, ya sin el velo que nos cubría la cara, reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, y nos vamos transformando en su imagen misma, porque cada vez tenemos más de su gloria, y esto por la acción del Señor, que es Espíritu" (2Cor.,3:18).

Ignacio pide *un conocimiento auténtico* de Jesús, consciente de la posibilidad que tenemos de engañarnos también en esto por la acción del mal espíritu que habita en nosotros. La meditación de las Banderas está puesta en los Ejercicios precisamente para ayudarnos a descubrir el verdadero Jesús, el auténtico evangelio y, así, disponernos a hacer un discernimiento y una elección según el espíritu de Dios. Cuál es el Cristo del Padre, cuál es el mensaje que debemos hacer vida en nosotros y que debemos anunciar como colaboradores del Evangelio: "demandar.... conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán" (Ejercicios, 138).

También San Pablo había hecho esta advertencia a los cristianos de Corinto, sobre el peligro de dejarse llevar por otro Cristo, por un evangelio distinto del que habían recibido: "Yo los he comprometido con un solo esposo, Cristo... pero temo que, así como la serpiente engañó con su astucia a Eva, también ustedes se dejen engañar y que sus pensamientos se aparten de la devoción pura y sincera a Cristo. Ustedes soportan con gusto a cualquiera que se presenta hablándoles de *otro Jesús*, diferente del que nosotros les hemos predicado; y aceptan de buena gana *un espíritu diferente* del espíritu que ya recibieron, y un evangelio diferente del que ya han aceptado" (2a Cor., 11:2-4). Es la misma advertencia que aparece en la carta a los Gálatas: "Me maravillo de que abandonando al que los llamó por la gracia de Cristo, se pasen tan pronto a *otro evangelio* -no que haya otro, sino que hay algunos que los perturban y quieren deformar el evangelio de Cristo-. Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo les anunciara un evangelio distinto del que les hemos anunciado, sea anatema!" (Gal., 1:6-8).

El Jesús, cuyo conocimiento interior pide Ignacio, es un *JESUS HECHO HOMBRE*. De ahí su interés por las contemplaciones de la vida de Jesús. Un Jesús histórico, encarnado, hecho *pobre y humilde*. Un "Cristo que trabaja en Nazareth, que en su vida pública se identifica con los pobres, que simpatiza cordialmente con ellos, y que sale al paso de sus necesidades; un Cristo, en fin, generoso en ponerse al servicio de los pobres", como interpreta hoy la Congregación General XXXII, Decreto 12, esa figura del Jesús propio de

la espiritualidad ignaciana.

La reflexión teológica latinoamericana marca hoy fuertemente esta recuperación del Jesús histórico, tan querido de Ignacio, quien lo buscó, siguiendo todos los pasos de su vida oculta y pública, contemplándolo desde luego a la luz que sobre esa figura histórica proyecta la resurrección.

En este Jesús hecho hombre, Ignacio quiere conocer, amar y seguir, como camino para encontrar a Dios, al hombre que, renunciando a los privilegios que le correspondían por su condición divina y dejando a un lado lo que le era propio como Hijo de Dios, tomó la condición de esclavo, de siervo sufriente, haciéndose uno de tantos y actuando como un hombre cualquiera. Hay aquí algo más que la kenosis, el anonadamiento teológico de un Dios que se encarna: se trata de una encarnación histórica y sociológica muy concreta, en una condición que lo coloca como un hombre pobre entre los pobres, humillado entre los oprimidos, perseguido por los poderosos, inclinado hacia todos los que no contaban nada, y se hallaban marginados de la concepción del pueblo elegido que tenían los judíos en su época: los pobres, los enfermos, los pecadores, las mujeres, los niños.

Este conocimiento interno del JESUS POBRE Y HUMILDE, tiene connotaciones muy especiales para nosotros, que vivimos hoy en una situación económica, social y política muy diferente a la de la época de San Ignacio, pero que debemos traducir a ella, como lo hizo el santo, la opción de Jesús por los pequeños de su pueblo. Dice Karl Rahner (Palabras de Ignacio de Loyola a un jesuita de hoy, DIAKONIA, n.º 20, pág. 77): "algo que no es en absoluto tan obvio, algo que no se deduce tan fácilmente de la 'esencia del cristianismo', algo que entonces, lo mismo que hoy, no practicaban ni los prelados de la Iglesia ni el selecto clero de aquellos países que siguen considerándose el centro del cristianismo".

Conocer a Jesús pobre y humilde hoy, para vivir la espiritualidad ignaciana en nuestro contexto histórico, implica traducir estas palabras. "¿Qué significa propiamente hoy, en nuestro tiempo, *pobre y humilde*? El aspecto que haya de cobrar esta traducción práctica en la realidad actual, es algo que hemos de descubrir por nosotros mismos. Quizás

tengan que descubrirlo personalmente unos pocos de entre nosotros, antes de que pueda resultar algo manifiesto para todos nosotros"; expresar la pobreza y la humildad, en este continente nuestro donde la injusticia y la opresión se han institucionalizado, "debe significar a nivel socio-político un aguijón crítico, un peligroso recuerdo de Jesús y una amenaza para las estructuras sociales y religiosas". (Cfr. k. Rahner, op.cit., pág. 78). Es algo que debemos buscar y pedir en el espíritu de esta petición de la segunda semana.

El camino que nos ofrece San Ignacio para llegar a este conocimiento de Jesús es múltiple:

1) La oración de los coloquios -que el ejercitante debe reiterar a todo lo largo de los ejercicios-, en la que se pide intensamente la gracia del conocimiento interno del Señor hecho hombre:

2) La contemplación de la Sagrada Escritura, organizada por el mismo San Ignacio en la exposición de "los misterios de la vida de Cristo Nuestro Señor" (Ejercicios, 261-312), como un programa de oración para las tres últimas semanas de los ejercicios. San Ignacio adopta un orden diverso del de los Evangelios y traduce personalmente los textos de la vulgata. En sus anotaciones para ayudar al que hace y al que orienta los ejercicios, el santo recomienda que, según la disposición de cada ejercitante y sus diversas mociones, se alargue o se acorte la contemplación de la vida de Cristo; la persona que orienta las contemplaciones debe "narrar fielmente la historia... discurriendo solamente por los puntos con breve o sumaria declaración, porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia y discurriendo y raciocinando por sí mismo y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar o sentir la historia" (Ejercicios, 2) es quien, con la ayuda de la gracia, ha de encontrarse con el Señor para sentir y gustar internamente el misterio que contempla (Ejercicio, 4).

3) La Eucaristía, centro de la búsqueda del Santo en sus grandes momentos de discernimiento y elección. En el Diario Espiritual aparece muy nítidamente cómo durante la preparación para celebrar o en la misma celebración, le parece "en alguna manera ser obra de la santísima Trinidad el

mostrarse o sentirse de Jesús, viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo... y *viniendo en pensamiento Jesús*, un *moverme a seguirle*, pareciéndome internamente, siendo él la cabeza o caudillo de la Compañía, ser mayor argumento para ir en toda pobreza que todas las otras razones humanas" (Diario, 66,67).

4) La vida misma, como lugar privilegiado de encuentro del Señor en todas las cosas, es la que va proporcionando a la persona, a través de vicisitudes, encuentros, proyectos, fracasos, confirmaciones, un conocimiento más maduro de Jesús. Ya San Pablo advierte que este conocimiento de Jesús se hace sobre todo por la comunión en sus sufrimientos y en su muerte: "Aún más, a nada le concedo valor si lo comparo con el bien supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor, por causa del cual lo he perdido todo, y todo lo considero basura a cambio de *ganarlo a Él y encontrarme unido a Él*... lo que quiero es *conocer a Cristo*, sentir en mí el poder de su resurrección, tomar parte en sus sufrimientos y llegar a ser como él en la muerte, tratando de llegar a la resurrección.. por eso continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús" (Fil., 3:8-12).

En una carta del 1º de junio de 1551, dirigida al jesuita portugués Antonio Brandao, San Ignacio le da la siguiente indicación ilustradora: "...se puede ejercitar en buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéramos, pues es verdad que está su divina Majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas. Y esta *manera de meditar, hallando a nuestro Señor Dios en todas las cosas*, es más fácil que no levantarnos a las cosas divinas más abstractas, haciéndonos con trabajo a ellas presentes, y causará este buen ejercicio disponiéndonos grandes visitaciones del Señor, aunque sean en una breve oración" (Obras Completas, BAC, 1977, P.804).

Seguir fielmente a Jesús en el misterio de su vida histórica, marcada por la dedicación a los pobres y humildes, por el valiente testimonio de la verdad y por los conflictos inherentes a esta forma de vivir y anunciar el Evangelio, es camino elegido por San Ignacio para ahondar en ese conocimiento interno de Jesús, a cuya luz el ejercitante ha de

descubrir lo que el Señor quiere de él en la disposición de su vida.

A este respecto, el P. Iván Restrepo, S.J. , hace la siguiente observación que nos parece muy pertinente para completar cuanto venimos diciendo acerca del medio de obtener el conocimiento interno de la persona de Jesús: "A esto añadiría solamente algo que me parece estar implícito en la dinámica de los Ejercicios ignacianos. La petición se dirige a obtener un "conocimiento interno de Jesús, para más amarlo y seguirlo". El movimiento inverso es también cierto y la espiritualidad latinoamericana lo destaca: que solamente aquél que lo sigue puede llegar a conocerlo ulteriormente. Hay cierto conocimiento que no se gana sino en el seguimiento... es lo que insinúa de otra manera la máxima ignaciana: buscar para hallar y hallar para seguir buscando; conocer para seguir, seguir para conocer" (Iván Restrepo, S.I., Hacia una Espiritualidad Latinoamericana, Reflexiones CIRE, IV, 1980 p. 49).

Todo el que obra conforme a la verdad, se acerca a la luz (Jn., 3:21). Quien se mantiene fiel a la palabra de Jesús, haciéndola normativa de su vida, es decir, quien practica fielmente el seguimiento del Señor, será de veras su discípulo, conocerá la verdad ("la vida verdadera que muestra el summo y verdadero capitán") y la verdad lo hará libre (cfr. Jn. 8:31). Este es el auténtico camino del conocimiento, amor y seguimiento de Jesús, rubricado por la misma palabra del Señor.

Para nosotros hoy, con una conciencia más clara de poder y deber encontrar a Jesús en los hermanos, particularmente en los pobres y oprimidos con quienes él se ha identificado (cfr. Mt., 25:31 ss.), este "caminar paciente y humildemente con los pobres" nos dará la verdadera posibilidad de llegar a descubrir "en el corazón de sus dificultades y sus luchas, a Jesucristo viviente y operante por la potencia de su Espíritu" (C.G. XXXII, Decreto 4, n.50).

4. PARA MAS AMARLO

La segunda gracia, consecuencia inherente al conocimiento de Jesús, es el AMOR A LA PERSONA DEL SEÑOR. Pero es pre

ciso preguntarnos nuevamente aquí, como en el caso del auténtico conocimiento, de *cuál amor* habla Ignacio.

Ante todo de un *amor preferencial*: Jesús es el centro polarizador de la existencia, la persona que, transformando nuestra existencia, le comunica pleno sentido y provoca la entrega incondicional: "El que pierde su vida por mí y por el Evangelio, la encontrará" (Mc., 8:35). Es el mismo sentido que le da San Pablo a ese amor suyo, apasionado, por Jesús: "Pero todo esto (confianza en las cosas externas: raza, linaje, estudios, celo religioso) que antes valía mucho para mí, ahora, a causa de Jesús, lo tengo por algo sin valor... por causa de Jesús lo he perdido todo, y todo lo considero basura para ganarlo a El" (Fil., 3:7-8).

El amor preferencial a Jesús es la otra cara de la indiferencia ignaciana, que no es más que la libertad interior que produce un amor preferencial al Señor frente a las demás cosas creadas, las cuales palidecen y pasan a un segundo plano, de modo que las elijo o las rechazo en cuanto sirvan o no a la causa de Jesús. La indiferencia es la actitud para poder elegir el *más*.

En segundo lugar, se trata de un *amor de gratitud*, que nace de la consideración de que Jesús se ha hecho hombre y ha muerto por mí. Este amor ha brotado ya en el curso de la primera semana de los ejercicios, donde el ejercitante, en la experiencia del pecado del mundo y de su propio pecado, ha descubierto el rostro de Dios, hecho misericordia en la persona de Jesús. Un amor que se ha formulado, en el umbral de la segunda semana, como una actitud de admiración, gratitud y disponibilidad: ¿qué debo hacer por Cristo? (cfr. Ejercicios, 53).

De todos es conocido que el amor para San Ignacio consiste más en obras que en palabras. La experiencia de Dios, hacia la que apunta todo el itinerario de los ejercicios, caldea el corazón en un amor a la persona de Jesús que debe traducirse en una opción de toda la vida, comprometiéndola totalmente en el servicio del Reino; una opción que inserta al ejercitante en el camino de Jesús, haciéndolo solidario con El en la humillación, el sufrimiento y la muerte. Estamos, pues, ante un amor a Jesús que no se adormece en la

contemplación: un amor dinámico: de respuesta y de servicio. ¿Qué debo *hacer* por Cristo? Es la pregunta que el ejercitante debe responder a lo largo de su experiencia, para que ese amor de admiración y gratitud, adquiera su verdadera consistencia.

El amor, además, debe ser *cada vez mayor*: "más amar". La espiritualidad ignaciana marca un proceso constante de crecimiento, paralelo a un desprendimiento del amor propio, del egoísmo, que nos va liberando día a día para comprometernos con Jesús hasta la identificación total con El.

Las tres maneras de humildad, o grados de amor, van marcando el camino del ejercitante, desde un amor que está dispuesto a entregar la vida antes que ofender gravemente a Dios, pasando por la indiferencia, hasta el compromiso que lleva a "imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor", queriendo y eligiendo "más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo" (Ejercicios, 167). Esta cumbre del amor es para San Ignacio un deseo imposible de alcanzar, a no ser que intervenga la gracia divina que nos haga capaces de una entrega tal; por eso se insiste en los coloquios de petición, sobre todo a la Virgen, para alcanzar la gracia de "ser puestos con el Hijo", para que "el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir, si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su divina majestad" (Ejercicios, 168).

Un amor, por lo tanto, cuyo sello de autenticidad es la *abnegación de sí mismo*, la renuncia a "todo amor carnal y mundano", es decir, a los criterios y esquemas de este mundo. Comenta Rahner que este amor "inspira un estilo de vida espiritual y eclesial que no sólo era incompatible con situaciones de poder mundano, sino que además significaba la exclusión del poder eclesial y de todo tipo de prebendas eclesiásticas y dignidades episcopales", hasta el punto de que la existencia adquiera "un carácter marginal, tanto en la esfera de lo profano como de lo eclesiástico" (K. Rahner, op.cit., 77). San Ignacio probaba la autenticidad de una vida espiritual, no en el número e intensidad de las prác-

ticas de oración y de piedad, sino en la capacidad de abnegación que tenía una persona; en la libertad que mostraba para entregarse al servicio de Dios y de los hombres.

San Ignacio piensa también en un *amor discreto*: en una caridad discernida. Convencido por experiencia propia y ajena de que un amor inconsulto y desbocado puede conducir a extravagancias y excesos; y a tomar la propia iniciativa en las opciones y acciones, sin tener en cuenta en primer lugar la iniciativa y el llamamiento de Dios, somete el amor al examen riguroso del discernimiento espiritual: ¿qué es lo que Dios quiere de mi vida en una circunstancia concreta? El Evangelio nos ofrece una instancia de este amor sometido a la iniciativa del llamamiento divino, en el caso de Pedro durante la última cena, cuando dice Jesús: "¿por qué no puedo seguirte ahora? ¡Estoy dispuesto a dar mi vida por ti!", y que obtiene de Jesús esta respuesta: "¿De veras estás dispuesto a dar tu vida por mí? Pues te aseguro que antes que cante el gallo me negarás tres veces... a donde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde" (juan 13:36-38). La hora llegará a Pedro cuando, purificado de su impulsividad inconsulta, escuchará el llamado de Jesús a orillas del lago: ¡Sígueme!

Es la sabiduría divina la que ha de conservar, regir y llevar adelante en su camino de servicio a la pequeña compañía fundada por Ignacio, mediante "la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones" (Constituciones, 1). Ley que las personas y la Compañía como un cuerpo, han de descubrir mediante el laborioso y paciente ejercicio del discernimiento de los espíritus. Con respecto a las personas que en la Compañía su-puestamente han alcanzado la madurez espiritual, tras largos años de probaciones y formación, San Ignacio no quiere imponer más regla en su oración, penitencia, estudio y prácticas de piedad, que las que "la discreta caridad les dictare" (Constituciones, parte VI, 1).

Finalmente habría que colocar la nota del *amor a la Iglesia*, como complemento integrante de ese amor personal al Señor. San Ignacio ve en la Iglesia "la vera esposa de Cristo nuestro Señor" (Ejercicios, 353), a la que debe un amor de servicio semejante al que profesa a la persona misma de

Jesús. Este amor a la Iglesia comunica su sentido pleno a la obediencia ignaciana, al voto especial de obediencia al sumo pontífice para la misión apostólica y al mismo discernimiento espiritual que ha de desarrollarse siempre dentro del marco de la Iglesia.

5. Y MAS SEGUIRLO.

La tercera y última gracia del coloquio de la contemplación de la encarnación es la gracia del seguimiento de Jesús pobre y humilde, misionero, enviado por su Padre a anunciar el Evangelio a los pobres. El seguimiento de Jesús es el punto en donde desembocan el conocimiento y el amor. Ignacio conoce, ama y se entrega a un Jesús enviado, que ha ce camino con los hombres, que acepta la conflictividad de su existencia comprometida con el designio del Padre y que, finalmente, entrega su vida como siervo sufriente para comunicar a todos la vida en abundancia, en un nuevo cielo y una nueva tierra donde habita la justicia.

La vida cristiana es un continuo correr detrás de Jesús, prosiguiendo su camino y tratando de alcanzarlo, a partir de una intensa experiencia espiritual en la que el hombre se siente primeramente alcanzado por El. "Sin detenerme, sigo mi camino, olvidando lo que dejé atrás, lanzándome a lo que tengo por delante, corriendo hacia la meta a la que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús" (Fil. 3:13-14).

De nuevo, como en los pasos anteriores, es necesario preguntarse aquí: *¿Cuál seguimiento?* Porque no toda manera de seguir a Jesús, con la mejor intencionalidad, es un seguimiento auténtico. Llamados a proseguir el camino de Jesús en circunstancias históricas diferentes, en diversos contextos culturales, sociales y políticos, podemos desviarnos por un camino ilusorio de seguimiento.

Aunque habla también de imitación, Ignacio prefiere aquí la palabra seguimiento de Jesús. La imitación hace hincapié en la reproducción de la vida de Jesús. Es la línea que marca los primeros pasos del santo en su camino de conversión: ¡si los santos hicieron esto o aquello, yo también tengo de hacerlo! Una copia de Jesús, la realización de proezas de generosidad, ocupan los proyectos de su corazón en un pri-

mer momento. De ahí su deseo de viajar a Jerusalén para vivir y morir allí como Jesús y sus discípulos, después de haber recorrido las mismas villas y aldeas anunciando el Evangelio. Pero la vida le va enseñando que el Señor tiene otros planes sobre él y sobre sus compañeros y que el mayor servicio comporta un seguimiento de Jesús en condiciones muy diferentes. La misión sigue adelante y será el Espíritu quien le guíe, llevándolos gradualmente a la verdad completa, recordándoles, a cada paso, la palabra de Jesús e interpretándoles las circunstancias nuevas en las que se van encontrando envueltos. La *memoria viviente* de Jesús será a cada instancia la regla suprema de este camino, que prosigue en la historia la causa del Evangelio.

Seguimiento *en la pena*, bajo el estandarte de la cruz. Compartir la suerte y el destino de Jesús significa entrar en la conflictividad de esa vida, con una espiritualidad fuerte para el combate y para el sufrimiento, para el fracaso y para la muerte. Ignacio lo comprende muy bien en la capilla de la Storta, llegando a Roma, a donde se dirige para ponerse a disposición del Papa. Allí "le parece ver a Cristo con la cruz a cuestas y al Padre eterno que le decía a su Hijo: quiero que tomes a éste por servidor tuyo. Y así Jesús lo tomaba y decía: Yo quiero que tú nos sirvas". La convicción de haber sido "puesto con el Hijo" conlleva la conciencia clara de haberse puesto en un camino de seguimiento y servicio de Jesús bajo el estandarte de la Cruz. Por eso, al salir de la capilla de la Storta, San Ignacio les comenta a sus compañeros de viaje que no sabe lo que será de ellos. El Padre le ha dicho que le será propicio en Roma y esta propiciación él la entiende de una manera muy peculiar: "Dijo a los compañeros que veía las ventanas cerradas, queriendo decir que tendrían allí muchas contradicciones" (Autobiografía, 97; Cfr. Javier Osuna, SI., Amigos en El Señor, 145-147).

La Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús ha asumido este tipo de seguimiento en el contexto histórico y ha hecho una opción de comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia (Decreto 2,2). Por eso el P. General, Pedro Arrupe, dirigiéndose a la mis-

ma Congregación antes de la votación del decreto cuarto, les hacía a los jesuitas congregados esta seria reflexión: "Es necesario que nuestra Congregación sea consciente de que la justicia del Evangelio debe predicarse por la cruz y desde la cruz. Si queremos trabajar por la justicia seriamente y hasta sus últimas consecuencias (y esto nos lo exige claramente el radicalismo evangélico ignaciano), se nos presentará enseguida la cruz y no pocas veces acompañada de un dolor acerbo. Porque...veremos que se levantan contra nosotros los que en la sociedad actual industrial cometen la injusticia, que por otra parte son tenidos frecuentemente por óptimos cristianos y que, frecuentemente también, pueden ser bienhechores nuestros, amigos o familiares, y nos arguirán de marxismo y de subversión, nos retirarán su amistad y por consiguiente su confianza anterior y su ayuda económica... Nuestra Congregación General, ¿está dispuesta a asumir esta responsabilidad y a llevarla hasta sus últimas consecuencias? ¿Está dispuesta a entrar por el camino de una cruz más pesada, que traerá consigo la incompreensión de las autoridades civiles y religiosas y de nuestros mejores amigos? El Señor ciertamente nos ofrece, junto con la vocación a la cual nos llama, la gracia necesaria para cumplir lo que nos pide, aunque parezca difícil; pero esto exige de nuestra parte que nos ofrezcamos a seguirle aunque no podamos conocer con claridad todos los sacrificios que se encierran en nuestra respuesta" (P. Arrupe, Intervención en la CG XXXII, Dic. 20/74).

Y en su Carta a toda la Compañía, con motivo de la muerte de cinco jesuitas, en marzo de 1977, decía: "(estas víctimas) son testimonios indudables de la línea que la CG XXXII señaló para la Compañía: de servicio de la fe y promoción de la justicia...Estos son los jesuitas que necesita el mundo y la Iglesia: hombres impulsados por el amor de Cristo, que sirvan a sus hermanos sin distinción de razas o clases. Hombres que sepan identificarse con los que sufren, vivir con ellos, hasta dar la vida en su ayuda. Hombres valientes que sepan defender de modo evangélico los derechos humanos hasta el sacrificio de la vida, si fuere necesario (Jn. 15:13). Si seguimos a Cristo, la persecución nos ha de venir, como lo estamos experimentando en tantas naciones cuando queremos servir la fe y promover la justicia... lo que importa es que

de nuestra parte nos decidamos de veras a seguir a Cristo, aunque no podamos conocer los sacrificios que de seguro nos exigirá este seguimiento... la Compañía tiene que contar hoy con hombres y con comunidades llenas del "sensus Christi", que sirvan a Cristo sin limitación ni reservas, que vivan con gozo la simplicidad evangélica y el holocausto continuo, ofreciendo así al hombre moderno un ideal de vida, y a la juventud generosa de hoy un modelo y un camino. Este es el secreto del verdadero éxito de nuestra misión en la Iglesia. Este es el origen de nuevas vocaciones: "sanguis martyrurum semen vocationum" (P. Arrupe, Carta a la Compañía, marzo 19/77).

El seguimiento de Jesús que Ignacio concibe y propone es *en comunidad*. Esta nota comunitaria de la espiritualidad ignaciana la desarrolla sobre todo en la etapa posterior a Manresa desde la búsqueda de los primeros compañeros que hace Ignacio y durante todo el proceso de la gestación de la Compañía y de la redacción de las Constituciones. Seguir a Jesús será formar un grupo de amigos en el Señor que, a semejanza del Maestro y de sus doce apóstoles, reproduzca en su siglo el camino de esa pequeña comunidad apostólica registrada por los Evangelios. Los primeros jesuitas se presentan como un puñado de sacerdotes "pobres y honestos", entregados exclusivamente al servicio de Jesús y de los hombres en el anuncio del Evangelio. El seguimiento del grupo apostólico de Jesús y sus apóstoles aparecerá repetidamente como la inspiración fundamental y el criterio normativo que regirá la configuración de la naciente compañía. Así, intuitivamente, va emergiendo una comunidad modelada sobre este esquema: pobre, apostólica, itinerante, missionera, flexible, en continua búsqueda de la voluntad del Padre sobre ellos (Cfr. Amigos en el Señor 240-244).

Es, por fin, un seguimiento *en la historia*, que se propone pro-seguir el camino y la causa de Jesús, en docilidad total al Espíritu que guía este camino misionero. Los seguidores de Jesús se encontrarán a lo largo de la historia con situaciones nuevas, con encrucijadas complejas, con problemas inéditas, para las cuales no hallarán una solución preconcebida. Seguir a Jesús en tales situaciones no podrá ser, por tanto, una mera imitación, sino que supondrá

"darse cuenta de la diferencia de situaciones entre Jesús, con su horizonte apocalíptico de irrupción inminente del Reino, y nosotros, para los cuales la historia tiene futuro y el advenimiento del Reino es retrasado... y la manera de asumir la historia cambia. El no ha prescrito un modelo concreto, sino una manera propia de hacerse presente en cada concreción, que está inevitablemente vinculada a la pequeñez de cada situación: opción por los maltratados, renuncia a la voluntad de poder como dominación, solidaridad con todo lo que apunta a una convivencia más participada, fraterna y abierta al Padre...seguir a Jesús es pro-seguir su obra, per-seguir su causa, y con-seguir su plenitud" (Leonardo Boff, o.f.m., Jesucristo y nuestro futuro de Liberación, col. Iglesia nueva, p.34).

Tal forma de seguimiento exige la *creatividad* y la búsqueda permanente, sobre todo en momentos en que la fe tendrá que caminar entre tanteos, puesto que por el hecho de ser cristianos no poseemos la llave para descifrar los problemas que nos va planteando el acontecer histórico. Esta creatividad nacerá de una fidelidad total al Espíritu de Jesús, a través del discernimiento. Jesús lo había señalado a sus discípulos en la última cena: "Mucho tengo todavía que decirles, pero en este momento sería demasiado para ustedes. Cuando venga El, el Espíritu de verdad, los guiará hasta la verdad completa...les interpretará lo que vaya vi- niendo" (Jn., 16:12-13).

Esta sincera docilidad al Espíritu Santo garantizará el verdadero camino del seguimiento y constituirá una de las notas más salientes de la espiritualidad ignaciana. Ignacio no quería hacer nada por propia iniciativa, tomando delante al designio de Dios. Todo su camino espiritual se apoya en la convicción absoluta de que es el Señor quien toma la iniciativa, quien, con su libérrima voluntad, dispone de nuestra vida y de que nuestras opciones deberán ser respues- ta libre y generosa a este designio primero. Por eso los Ejercicios son esencialmente, como él mismo lo dice, una ma- nera de "preparar y disponer el ánimo, para quitar de sí to- das las afecciones desordenadas y, después de quitadas, pa- ra buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida" (Ejercicios, 1). El acatamiento de este designio

divino, tema repetido de los Ejercicios, del Diario Espiritual y de su correspondencia, queda rubricado en ese recurrente final de las cartas a sus amigos: "Dios nuestro Creador y Señor, por su infinita bondad, nos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad sintamos y aquélla enteramente cumplamos" (Obras Completas, BAC, 1977, p. 738).

Y así terminamos por donde habíamos comenzado este estudio: la espiritualidad de San Ignacio parte de la conciencia de que el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús son un don gratuito del Padre, don que ha de ser intensamente deseado y suplicado, para poder así buscar y hallar en cada instancia de nuestra vida lo que el Padre quiere de nosotros, siempre deseando ser elegidos y recibidos bajo el estandarte de Jesús pobre y humilde, servidor de los pobres, para anunciar a todos los hombres la buena nueva del Reino.



El grupo de los primeros compañeros de Ignacio era pequeño; y sin embargo, el Santo mandó a Oriente a San Francisco Javier, el primero de esa ininterrumpida legión de misioneros jesuitas, que en Oriente y en Occidente fueron enviados a anunciar el Evangelio, y ardiendo en celo apostólico, estaban dispuestos a dar su vida para testimoniar su fe, como atestiguan los numerosos Mártires de la Compañía. Aunque el objetivo primario de su misión era el de comunicar la fe y la gracia de Cristo, ellos se esforzaron a la vez por elevar el nivel humano y cultural de los pueblos, en medio de los cuales trabajaban, por promover una vida social más justa y más fiel a los designios de Dios, por lo que se recuerdan aún en la historia las famosas Reducciones del Paraguay.

(Juan Pablo II a los Provinciales, 27.2.82)